

KANT: UNA MIRADA DEL DESARROLLO MORAL EN SENTIDO PRAGMÁTICO*

Rodrigo Ocampo

Universidad Autónoma de Occidente
Universidad del Valle

RESUMEN

Kant no se contenta con definir en qué consiste una exigencia o deber moral, sino que, además, trata de establecer cómo cabe esperar encarnar principios morales desde el despliegue de facultades como la racionalidad y la voluntad moral, pasando por el desarrollo de condiciones subjetivas del ánimo como la conciencia y los sentimientos morales. Junto con su interés por fundamentar el fenómeno moral desde parámetros universales de orientación de la voluntad, no le resulta para nada ajeno a esta tarea mantener una perspectiva empírica de la emancipación integral del ser humano desde una visión amplia de su condición: sus facultades, su desenvolvimiento histórico en medio de antagonismos, su dependencia de instituciones sociales y la necesidad de realizarse como agente autónomo que despliega una racionalidad compartida y virtudes necesarias para la convivencia.

Palabras clave: Naturaleza humana, disposiciones morales, virtudes, educación moral, comunidad política, comunidad ética.

SUMMARY

Kant is not happy with just defining what a “challenge” or moral duty is all about, but he also tries, as expected, to establish moral principles from the emergence of abilities like rationality and moral will, and passing through the development of mood subjective conditions like consciousness and moral feelings. Together with his interest with sustaining the moral phenomenon from universal, will, orientation parameters. This being a task which he is accustomed to, maintaining an empirical prospective of the integral emancipation of the human being from a wide perspective of his condition: His faculties, his historical handling in the middle of antagonism, his dependence on social institutions, and the necessity to succeed as an autonomous agent that displays a shared rationality and the necessary virtues for living in society.

Keywords: Human nature, moral disposition, virtues, moral education, political community, ethical community.

* Recibido Marzo de 2004; aprobado Mayo de 2004.

1. Introducción

Kant siempre tuvo en mente una teoría del desarrollo moral que le permitía con facilidad articular la experiencia moral interna, con las exigencias de un mundo atravesado por elementos muchas veces ajenos o contradictorios para el ejercicio de una voluntad moral. Si bien el surgir de la moralidad no estaba, para nuestro autor, determinado por el desarrollo de la cultura y la civilización, sí era una realidad inmersa en ellas que, por ende, necesitaba de condiciones externas para propiciar su desenvolvimiento. Kant observaba que cuando el hombre busca superar tensiones sociales conflictivas, y trabajaba en el perfeccionamiento de las instituciones, desde una orientación pragmática, son promovidas actitudes que lo refinan y lo preparan para asumir sus responsabilidades desde un compromiso más moral que prudencial. Para intentar mostrar esto, el presente trabajo está dividido en seis subtemas, empezando por mostrar la concepción kantiana sobre la condición moral humana, pasando por la forma en que cabe esperar el refinamiento de su naturaleza, hasta llegar a una idea a la que cabe siempre aproximarse, como lo es la consolidación de una comunidad ética o de virtud.

2. La naturaleza humana y su condición moral

Si tomamos la última obra de Kant publicada en vida, la *Antropología en sentido pragmático* (1799)⁷⁵, es claro que en ella se mantiene un interés revelado en trabajos de juventud como las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* (1764)⁷⁶, en lo que respecta al intento de definir el carácter del hombre tomado según su género, su raza, su nacionalidad y como especie. Esto es consecuente con su idea de poner como eje fundamental de la reflexión filosófica, la pregunta por el hombre, y nos indica que el punto de vista antropológico-pragmático, no puede separarse realmente de su pensamiento moral. Nuestro autor busca un horizonte normativo moral común, sin serle indiferente por ello el *ethos* relativo de las culturas y el carácter de los pueblos y los individuos. Trata simplemente de establecer parámetros de orientación ética ante el peligro constante de la degradación de las costumbres, a raíz de llevar muy lejos una cultura o netamente hedonista o extremadamente calculadora, a la hora de regular las acciones.

⁷⁵ I. Kant, *Antropología*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

⁷⁶ I. Kant, *Lo Bello y lo Sublime*, Espasa-Calpe, Madrid, 1982.

Es interesante notar que dos años antes de publicar la *Antropología*, aparece la *Metafísica de las Costumbres* (1797)⁷⁷, en la que claramente el autor señala el uso de la antropología como complemento necesario de una metafísica de las costumbres, con el objeto de precisar las condiciones de posibilidad para que los principios morales sean encarnados por el hombre, asunto que no es extraño a la misma *Metafísica*, si se considera que en ella se analiza lo relacionado con la facultad de desear antes de entrar a estudiar los principios metafísicos del Derecho y la Moral. Esto, por supuesto, no con el objeto de fundamentarlos, sino para reconocer de cierta forma, que ellos cobran sentido en vista a su relación con la praxis humana; en este caso, *orientar la facultad de desear y dar leyes para el ejercicio del arbitrio*, a través de la coacción tanto externa como interna.

Atendiendo a este marco de reflexión, era claro que Kant tenía siempre en la mira al hombre como ser que por lo general, está debilitado en relación con su obrar racional, por antagonismos internos y externos, además de estar marcado por diferencias de género, cultura y nacionalidad, nada despreciables a la hora de preguntarnos por las condiciones de posibilidad de desarrollo moral en vista a los principios estipulados por la razón práctica. Esto, más que colocar en una especie de punto de equilibrio la pregunta por lo moral, esto es, entre el terreno de la metafísica y el de la antropología, nos inclina a pensar que si bien el fundamento era metafísico, éste debía ser un medio conducente a la cuestión central que era la pregunta por el hombre y, de manera más precisa, cómo promover su desarrollo moral, condición sin la cual, no habría propiamente para Kant realización humana.

Es así como, de manera realista, nuestro filósofo apuesta por tratar de salirle al paso al que denomina *estado de naturaleza ético*, estado al que estarían destinadas las relaciones humanas por no poder pisar un terreno moral vinculante suficientemente coactivo y comprometedor, de la misma forma en que se podía hacer, en la esfera política, bajo el estatus de ciudadano. Nuestro autor trata por eso de definir principios orientadores de la subjetividad sin caer por ello en el reduccionismo de la conducta ética. El punto de partida empírico consistirá en tratar de comprender al hombre por lo que él revela, es decir, el hecho de que no es por naturaleza ni bueno ni malo.

Kant es consciente de las fuertes inclinaciones que condicionan el actuar del ser humano, llevándolo en casi todos los casos a obrar bajo el

⁷⁷ I. Kant, *La Metafísica de las Costumbres*, Altaya, Barcelona, 1993.

principio del egoísmo. La inclinación al mal parece estar muy arraigada en él, pues aun siendo consciente del bien, se orienta a hacer lo contrario. Aquí es donde cobra sentido el concepto kantiano de pasión. Las pasiones surgen por las inclinaciones del hombre a buscar honor, riqueza, y poder, como producto del proceso socializador y cultural mismo, que urge el despliegue de la habilidad y la técnica, para servirse de la naturaleza, y del hombre mismo, para alcanzar los propios fines. Pero también surgen por inclinaciones naturales como lo es el de perpetuar la especie, que se puede convertir en un hábito abusivo de mera gratificación sexual. En todos estos casos, la pasión resulta siempre calculadora, dispuesta a regirse por fines egoístas, y tendiente a tergiversar el proceso racional mismo cuando intenta someterla, lo que hace mucho más difícil vencerla una vez ha cobrado fuerza en el ánimo humano.

82 En este punto, resulta significativo señalar que Kant en su *Antropología* sustituye el término *pasiones* por el de *inclinaciones naturales o animales*, en la tesis de Helvetius según la cual “jamás se ha hecho nada grande en el mundo sin pasiones violentas...”⁷⁸. En esta aclaración terminológica se distingue entre obrar por inclinación, de lo cual siempre es posible sacar un bien en forma de progresos técnicos y sociales, y estar sujeto a las pasiones, de las cuales solo se puede derivar la enajenación de la propia humanidad.

El ideal de vida moral propuesto por Kant no apunta, por eso, a reprimir las inclinaciones, negándolas o siendo indiferente ante ellas. Él es claro cuando afirma que no se trata de suprimirlas, sino de orientarlas. Para los fines de la cultura, el papel de las inclinaciones resulta imprescindible y será el mismo desarrollo de la cultura, el que mostrará, una vez descubierto el sentido de la acción autónoma por parte de un creciente número de personas, que las inclinaciones no pueden seguir siendo los factores determinantes o condicionantes de la acción. Algo diferente sucede con la pasión, la cual es el supremo enemigo interno del desarrollo moral.

En este sentido, Kant mantiene la línea del pensamiento antiguo, que coloca como escenario del desarrollo moral un constante conflicto entre la pasión y la razón. Las pasiones pretenden en todo momento servir de regla a la determinación de la voluntad. Pasiones como el odio o la búsqueda de poder, pueden servir al individuo sujeto a ellas, de fríos incentivos que calculan la mejor manera de salirse con la suya. La prevención para este mal moral o enfermedad del alma, como diría Kant,

⁷⁸ I. Kant, *Antropología*, ed. cit., p. 206.

consistirá en la constante vigilancia de sí mismo para alcanzar el dominio propio, lo cual, a su vez, permite cultivar diversas virtudes a partir de una voluntad que se autodetermina al seguir lo que la racionalidad moral estipula como deber incondicionado. Esta voluntad deviene, por tanto, en libertad interna, al no estar sujeta por móviles ajenos que pueden viciar su determinación.

Cuando las pasiones o las inclinaciones son el incentivo para la acción, no hay libertad interna, ni moralidad, porque para el filósofo de Königsberg estas últimas han de descansar en un condicionamiento no sensible. Partir de la rectitud en la intención, en la determinación del querer, indica un sujeto con moral, pues todo objeto es bueno en sentido relativo, lo único absolutamente bueno es la buena voluntad⁷⁹. La voluntad ha de desplegarse orientada por la razón, porque cuando es determinada por malas inclinaciones que degeneran en pasión, se pierde todo horizonte normativo causando la descomposición moral del individuo.

Por eso Kant pretende determinar con qué condiciones subjetivas cuenta el ser humano para orientarse por principios morales. Él nos dice que el fenómeno de lo moral se desenvuelve en la esfera de la subjetividad básicamente a partir de dos actores: la razón práctica y la facultad de desear. La primera es una facultad de conocer que legisla respecto a lo moral. En la razón descansa la idea de imperativos y deberes morales-*racionalidad moral*- que al ser acogidos por la voluntad desde su autonomía, desde la libertad del arbitrio, constituye la base para una acción de carácter moral.

En este orden de ideas cabe la pregunta por el poder de la razón sobre las inclinaciones y pasiones. Esta pregunta, central para la reflexión ética por lo menos desde el legado griego, también resulta fundamental para Kant cuando apuesta por construir un modelo de orientación moral que pretenda conducir las acciones e incentivar el cultivo de virtudes desde la racionalidad.

La concepción antropológica kantiana no nos revela un hombre condicionado por la razón. Nuestro filósofo es consciente de los límites de la facultad de la razón para incentivar a la facultad superior de desear y romper con la determinación de los apetitos. Tras las complejas relaciones entre las facultades humanas, se deja relucir el poder de los apetitos inferiores para regular la acción. Por eso el filósofo de

⁷⁹ I. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las Costumbres*, Editorial Ariel, Barcelona, 1996, p. 117.

Königsberg no se cansa de mencionar el constante antagonismo al que se ve destinado el hombre en su interior, sobre todo cuando desarrolla una conciencia moral interna que le representa lo que debe hacer y, pese a todo, hace lo que no debe, llevado por sus inclinaciones y pasiones. Aquí es manifiesto lo que le parece ser a nuestro filósofo una experiencia subjetiva a la que todo hombre estaría destinado alguna vez en su vida. El Kant lector de la Biblia, pudo muy bien tener ante sí la célebre frase del apóstol Pablo cuando clama ser emancipado del aguijón de la carne para hacer el bien que anhela.

Ante este panorama de la condición humana, nuestro pensador se atreve, no obstante, a señalar que *deber es poder*, y que la razón práctica puede ser suficiente incentivo para motivar a la acción moral a pesar de las debilidades humanas. De ahí que resulta pertinente preguntarse si no cae en una mirada paradójica cuando por un lado, observa el poder de los apetitos inferiores sobre la voluntad humana hasta tal punto de nublar la razón e inhabilitarla para conducirla, y así contenerlos, y por otro, le asigna a la razón, la capacidad de presentar un sentido del deber, capaz de incentivar la voluntad al respeto por la ley moral en sí misma y a despecho de las inclinaciones.

84

Es claro que ambas apreciaciones cobran sentido, y que no son excluyentes si se atiende a Kant como pensador historicista. Si estudiamos opúsculos tales como *Ideas para una historia universal en sentido cosmopolita* (1784), y *Probable comienzo de la historia humana* (1786), se ve que el hombre es un ser inacabado que está constantemente desarrollando sus disposiciones, entre ellas, por supuesto, la razón y su poder para dirigir la facultad de desear. El proceso de su emancipación de un mero estado de naturaleza e instintivo, explicaría todos los fracasos del ser humano por regular su vida individual y social bajo esquemas de racionalidad; y de ahí que cobre sentido el poco optimismo kantiano cuando ve difícil encontrar un hombre justo que legisle, debido a que todos estaríamos hechos de una *madera muy torcida* de la cual nada completamente recto resulta⁸⁰.

No obstante, esta apreciación es superada por el mismo autor cuando percibe que el problema no consiste en que el hombre tenga o no suficiente poder para asumir los dictados de la razón, -de hecho lo debe tener por la naturaleza misma de la voluntad y la capacidad de representarse imperativos morales-, sino en la dificultad para promover

⁸⁰ I. Kant, "Idea de una historia universal en sentido cosmopolita", en *Filosofía de la historia*, FCE, México, 1981, p. 51.

de manera creciente su *disposición para lo moral*. De ahí que le resulte necesario mirar siempre hacia futuro, y sobre todo, hacia las condiciones en que se desenvuelve el hombre, para definir los obstáculos del desarrollo moral, y la forma de superarlos. Nos encontramos así, con el Kant que sustenta en la razón como disposición creciente, la producción de una voluntad moral, tal como lo hace ver en la *Crítica de la razón práctica* (1788), publicada cuatro años después de las *Ideas para una historia universal en sentido cosmopolita*. A la par que apuesta por el poder de la razón práctica para producir una voluntad moral, asume una perspectiva histórica que hace muy coherente su visión del hombre como ser capaz de moralidad, con la lastimosa escena de sus fracasos por regirse en la vida privada y pública, de manera racional.

Por esto mismo, cobra sentido preguntarnos por los factores que promueven tal desarrollo moral. Y antes que eso, tratar de solucionar otra aparente paradoja, la de cómo reconciliar esta visión histórica del desarrollo moral, con la apreciación de la moralidad como un fenómeno indemostrable por la observación y como una experiencia individual producto de una revolución interior no pensada como despliegue o desarrollo en el tiempo.

85

3. Las disposiciones morales y la adopción de una buena voluntad

Este problema nos lleva a precisar algunos conceptos teniendo en cuenta la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785), y principalmente obras como la *Crítica de la razón práctica* (1788)⁸¹, *La Religión dentro de los límites de la mera razón* (1793)⁸², y la *Metafísica de las Costumbres* (1797).

Es curioso notar, cómo el Kant de finales de la década de los 90, hace explícita la importancia de las disposiciones morales, en especial la del *sentimiento moral*, como factor no menos importante que la *conciencia moral*, a la hora de condicionar el ánimo para la receptividad de la ley moral. A partir del despliegue de estas disposiciones y del fortalecimiento de una voluntad dispuesta a acatar los dictados de la razón práctica, cobra sentido hablar en términos de desarrollo moral.

Kant afirmaba que no tiene sentido pensar en un deber de tener dichas disposiciones, ya que son inherentes a toda persona, y que son ellas las que posibilitan atender la obligación moral, y ser movidos por esta. Por

⁸¹ I. Kant, *Crítica de la Razón Práctica*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.

⁸² I. Kant, *La Religión dentro de los límites de la mera Razón*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

eso el único deber respecto a ellas será *cultivarlas*. Una voluntad moral producida por la razón práctica mediante la representación de la ley, implica pensar una actitud interna basada en un sentimiento práctico de amor por los demás, y de respeto por sí mismo. Requiere, también, estar dispuestos a rendir cuentas de manera constante a la voz de la conciencia moral que juzga como tribunal interno. Todo esto, a mí parecer, indica que una voluntad regenerada –que pasa del sometimiento de inclinaciones y vicios, a la autodeterminación racional – es susceptible de hacerse fuerte o débil en la medida en que se cultive o no una adecuada receptividad del ánimo. El fenómeno de la moralidad es posible a medida que se fomentan las disposiciones morales en tanto que disposiciones crecientes. De hecho, nuestro autor señalará que no basta con acatar el deber por el deber, sino que este debe asumirse con una actitud siempre alegre, bien dispuesta.

86 Esta lectura, permite salirle al paso a la cuestión de las diferencias de género a la hora de abordar lo referente al cultivo de la virtud y de la educación moral. En efecto, Kant señala en algunas ocasiones, que la educación para las niñas debe ser distinta a la de los niños, pues en ellas debía incentivarse el cultivo de virtudes no tanto a partir de la obligatoriedad propia del respeto por el deber, sino a partir de ilustrarles la belleza que implica una conducta moral. Estas afirmaciones, junto con uno o dos comentarios hechos en la *Crítica del juicio* (1790)⁸³, referentes a la dificultad de algunos pueblos por representarse un sentido del deber moral, debilitan la misma concepción kantiana de una historia universal del desarrollo moral humano. Pero afortunadamente, estas apreciaciones parecen ser más el producto de prejuicios de su época, que un desarrollo coherente como parte de su visión sobre la moralidad.

Esto es claro por que la introducción misma de las disposiciones morales como *prenociones estéticas*, permite pensar un concepto de deber que no necesariamente requiere ser apropiado por vía imperativa, sino que de hecho, involucra un agente mediador entre la representación y el querer, como es la receptividad del ánimo a partir de la existencia necesaria de una conciencia y sentimientos morales en todo ser humano. Desde esta perspectiva mediadora, es fácil comprender que la exigencia del deber por el respeto al deber mismo, no es para nada ajena a la posibilidad de aceptar una forma de aproximarse al deber moral que no estuviera restringida por una fría obligatoriedad, como es el caso de hacerlo aludiendo a la belleza que implica cultivar sentimientos morales

⁸³ I. Kant, *Crítica del Juicio*, Editorial Porrúa, México, 1973.

de amor al prójimo y respeto por sí mismo. La sublimidad del deber moral, requiere de prenaciones estéticas para su adopción, y por ende, de la idea de lo amable y bello en él, para lograr así, bajo la representación de la razón, una voluntad moral. Disposiciones que estarían presentes en toda persona, sin distinción de género, raza o nacionalidad, y que dan la posibilidad de una *revolución moral interior*, en cualquier momento de la existencia. Por ello, el surgir de la moralidad no solo hará referencia a una actitud de la mera voluntad en acatar lo indicado por la razón, sino además, a una experiencia peculiar en el sentir práctico y de ahí que Kant hablara en diversas ocasiones de la *moralidad en el sentir*.

Sobre el origen de dichas disposiciones, Kant señala que es insondable, pues no se explica cómo la ley moral presente en todo ser humano en tanto que ser racional, *arranca* estas disposiciones al bien. Lo claro es que sin ellas no se puede pensar desenvolvimiento moral alguno, lo cual concuerda con su apreciación sobre que el hombre no es moralmente ni bueno ni malo por naturaleza, ya que así como tiene inclinaciones al mal, posee disposiciones para el bien. Aunque la visión kantiana del desarrollo moral involucra *predisposiciones naturales*, ello no implica un determinismo o reduccionismo teleológico de la naturaleza, ya que ellas no tienen un trasfondo biológico, sino inherente a la racionalidad misma. Si bien Kant no nos dice en qué momento y cómo surgieron tales *predisposiciones*, no aceptaría las tesis del evolucionismo ético. Su concepción de voluntad libre y de una obligatoriedad que tiende a romper el principio del egoísmo, nos traslada a una esfera *nouménica* y a la superación de todo naturalismo. La posibilidad que tenemos de actuar por los demás desprendiéndonos de los propios intereses o del propio bienestar, por su bienestar, en atención a la obligación moral, hace evidente para Kant, un estatus de lo humano que rompe con la condicionada guía de la naturaleza.

Las disposiciones morales no determinan al hombre a desarrollarse moralmente, pues requieren precisamente, del concurso del trabajo del individuo, para ser desplegadas. Ellas son solo condiciones subjetivas del ánimo que posibilitan que el hombre sea movido por el deber moral. Le corresponde a la voluntad, por medio de la razón, cultivarlas, y en esto radica el sentido de un desarrollo moral desde una decisión autónoma, no condicionada. El hombre será el responsable de realizar su destino buscando cada vez más elaboradas formas de vencer los antagonismos que presenta la *sociable insociabilidad*, y sus experiencias internas desde la tensión inclinaciones-razón práctica. Antagonismos que hacen posible el desarrollo de las facultades humanas y el proceso no solo civilizador, sino moral.

Pero frente a esto último, no es todavía evidente la posibilidad de moralidad alguna en el hombre: es necesario precisar si el hecho mismo de anhelar actuar bajo móviles morales nunca comprobables, implicaba ya cierto surgimiento de una experiencia moral auténtica o moralidad en el sentir. Esta cuestión la aborda Kant en su tratado sobre la Religión. Respecto a la seguridad que pudiera tener cada persona de actuar bajo móviles morales, decía que no era posible tenerla, pero que tampoco deseable, por que esta misma inseguridad es lo que posibilita el buscar constantemente el perfeccionamiento interior. Esto basta para confirmar el surgir de una revolución interior que permite pensar en términos de auténtico desarrollo moral en el individuo.

Con todo, aún no es satisfactoria la relación de este concepto de moralidad, con la idea de un despliegue gradual de la conciencia y los sentimientos morales, sin atender contenidos específicos posibilitadores de dicho despliegue. También es importante aclarar en qué consiste propiamente el trabajo de cultivarse moralmente, y establecer en que puede consistir el mínimo común sobre lo que constituye una vida humana bien lograda. Todo esto nos lleva a estudiar el concepto kantiano de virtud.

88

4. El cultivo de la virtud moral

En la teoría de la virtud expuesta en *La Metafísica de las Costumbres*, se aprecia que el surgir de la moralidad lejos de ser una experiencia subjetiva última en el desarrollo de la racionalidad y la voluntad humana, es el comienzo de un despliegue interior de fuerzas morales que involucra buscar vencer al enemigo interior de las malas inclinaciones. Todo esto nos remite a mantener una constante atención a la antropología kantiana, que precisamente muestra como el hombre está sujeto a diversos vicios y pasiones, de los que no es fácil desprenderse.

En *Pedagogía*⁸⁴ y en *Lecciones de ética*⁸⁵, Kant observa que los vicios se clasifican básicamente en animalescos (la voluptuosidad), demoníacos (la envidia), y específicamente humanos (la mentira, la avaricia). Los vicios y las pasiones, son considerados obstáculos internos para el desarrollo moral, y el remedio para vencerlos será cultivar la virtud.

Es a partir del antagonismo interno que sufre el hombre entre sus deseos inferiores y apetitos por una parte, y su razón por la otra, que cobra sentido el cultivo de la virtud como *fortaleza moral de la voluntad*.

⁸⁴ I. Kant, *Pedagogía*, Editorial Akal, Madrid, 1991.

⁸⁵ I. Kant, *Lecciones de Ética*, Editorial Crítica, Barcelona, 1998.

Esta intención y esfuerzo por cultivar la virtud, representa el contenido fundamental del surgir de la moralidad en el hombre. La moralidad pasa de ser una noción abstracta, a una realidad incorporada en la experiencia vital cotidiana, pues exige la disposición a acatar obligaciones morales como trabajar por la propia perfección y por promover la felicidad en los demás. Estamos de cara a la necesidad de incorporar deberes específicos que permiten pensar en un despliegue de la moralidad no ajeno a la acción, y que se nutre y desenvuelve precisamente a raíz de tensiones internas y externas que requieren ser superadas en atención a la racionalidad moral, que exige no ser esclavo de las propias inclinaciones, y buscar *obrar conforme a la dignidad propia y de los demás*.

Así, una vez experimentada la revolución moral interior, el despertar de la conciencia moral con el consiguiente surgir de una buena voluntad como principio supremo de la moralidad, se tiene tan solo el punto de partida de un trabajo que se traduce como constante aproximación hacia la perfección moral, esto es, bajo la idea de que siempre se ha de perseguir obrar desde la rectitud de la intencionalidad. Por ello, con el surgir de la moralidad, es consecuente pensar en un gradual desarrollo como cultivo constante de la recta voluntad, desde el desarrollo cada vez mayor de la conciencia y los sentimientos morales, como condiciones subjetivas del ánimo que mueven al cumplimiento de la ley moral. Por ello, la teoría de la virtud expuesta por Kant, parte de considerar de forma realista, que *deber es poder*, y representa una crítica para el pesimismo moral que basa las normas morales en atención a la debilidad humana, tergiversando así, la pureza de la obligación representada por la razón.

Nuestro autor, aceptará dos modos de obligación moral: los deberes hacia sí mismo, que pueden ser perfectos (mantener la integridad, ser temperantes, veraces, y no maltratar a los animales -hacerlo malogra las disposiciones al bien-), o imperfectos (cuidado del cuerpo, cultivo del intelecto, -fomento de las facultades naturales-), y los deberes hacia los demás (la beneficencia, la gratitud, la simpatía). A partir de ellos es posible pensar el cultivo de diversas virtudes y el perfeccionamiento del carácter desde la unidad del principio moral.

Los deberes morales hacen referencia a obligaciones que regulan nuestras actitudes y comportamientos en las relaciones con los demás y con nosotros mismos. Ellos nos vinculan al mundo de la convivencia en comunidad y en términos cosmopolitas. Es a partir de la solidaridad, la amistad, el diálogo, la benevolencia, el respeto, y la hospitalidad, entre otros, que se construyen estrechos vínculos humanos. Lo interesante es que el solo hecho de vivir conforme al deber, sin atender el incentivo,

prepara gradualmente el ánimo para actuar a partir de una voluntad buena. Lo esencial será tomar conciencia de los diversos deberes y esforzarse por cumplirlos bajo móviles desinteresados, así no haya certeza absoluta del móvil, pues este esfuerzo del sincero propósito es suficiente para revelar una disposición moral. La idea de moralidad es un concepto orientador, y Kant es consciente que nadie puede estar seguro de sus móviles. Con todo, considera que el concepto de deber es el más puro y el más fuerte para motivar la acción en sentido práctico, tal como lo señalaba en su trabajo “Acerca de la relación entre teoría y práctica en lo moral” (1793)⁸⁶.

90 Cuando Kant reflexiona sobre los deberes de virtud, señala en qué consiste construir un buen carácter. Él no solo recalca la importancia de una buena actitud o disposición para asumir nuestros deberes, sino que se orienta hacia una ética del esfuerzo constante por dominarse y cultivarse así mismo, por obrar con rectitud, y trabajar por el bienestar de los demás. No solo será importante partir de una voluntad moral que se va desarrollando junto con factores internos como la conciencia y el sentimiento moral, sino que, además, cuenta el empeño por expresar una recta conducta, un carácter expansivo y amable en las relaciones sociales.

Por esto Kant no ignora los contextos en que se desenvuelven los principios morales. Él solo se encarga de desvelar desde la razón, la esfera de la intencionalidad, para que los interesados en buscar vivir una vida ética, se hagan un dictamen no engañoso de su condición moral. Le indica al interesado por regular su vida en sentido ético, que buscar desarrollar virtudes morales requiere partir de un trabajo de transformación interior sincero bajo parámetros definidos de racionalidad moral que han de ser incondicionados para no correr el riesgo de engañarse a sí mismo a la hora de evaluar el propio proceder. Y con todo, aunque será desde el principio único de la moralidad que cobra valor moral la práctica de la virtud, nuestro autor repite en diversas ocasiones, que ante la incertidumbre de una auténtica acción moral, solo queda la disposición de esforzarse por tratar de encarnar los deberes morales, de hacer el firme propósito de vivir conforme a los dictados de la conciencia moral racional. Por eso no se deja de lado, sino que por el contrario resulta fundamental siempre, el trabajo por cultivar virtudes que fomentan la buena voluntad entre los hombres, a pesar de lo

⁸⁶ I. Kant, *Teoría y Práctica*, Editorial Técnos, Madrid, 1993.

indescifrable de los móviles auténticos que acompañan por lo general, dichas actitudes y comportamientos.

Nuestro autor es claro al señalar que son muy pocas las oportunidades para demostrarse a sí mismo adelanto en el cultivo de la virtud moral, y por ello apuesta al beneficio indirecto que trae tratar de incorporar deberes de virtud, esto es, vivir conforme a ellos, pues como quedaba dicho, así se va disponiendo el ánimo para lo moral. Esta apreciación no es incompatible con la afirmación de que la virtud moral no es algo que se adquiere como retazos a lo largo de la vida, sino que se da de una vez y para siempre en la persona auténticamente reformada desde su voluntad, lo cual constituye el auténtico carácter moral. En efecto, el surgir de la voluntad moral requiere que el principio de la recta intencionalidad se cultive constantemente. Y para cultivarlo se necesita un continuo autoexamen de nuestros móviles; autoexamen que tropieza con la dificultad antes mencionada, de no podernos asegurar nada auténticamente moral sobre ellos, sino, a lo sumo, de nuestra simple disposición a encarnar los dictados de la ley moral interior. Esta disposición cobrará fuerza entonces, ya no tanto desde la seguridad de una acción por deber sino, por lo menos, desde un compromiso sincero de actuar por un sentido de la decencia, que implica tanto autoestima como respeto por los demás.

Asumir responsabilidades y buscar vivir conforme al deber por exigencias sociales, tiene un trasfondo de sentido moral que luego se puede traducir en respeto por el deber a partir de la preocupación por corresponder a lo que los demás esperarían de mí –honestidad, lealtad, solidaridad, etc.,- a pesar de que me perjudique. Esto indica la superación gradual de dejar de pensar solo desde una racionalidad calculadora, y de obrar siempre por el beneficio derivado instrumentalizando a los demás.

De hecho, es desde esta perspectiva que cobra sentido la noción de *acciones morales*. La acción moral involucra la esfera de la moralidad como principio interno de la acción, y la esfera empírica como lugar de manifestación de los deberes morales. Dicha acción moral en tanto que acción por deber, será siempre *resbaladiza*, pero necesaria tenerla como parámetro orientador que descubre cual alejados estamos del ideal de perfección moral. Esta perspectiva nos ha de poner, según Kant, en guardia para buscar restablecer siempre el firme propósito de partir de la moralidad en el sentir. Propósito que al ser insondable, puede por lo menos insinuarse a partir de la prueba de la acción recta, de la acción moral en tanto que, a pesar de las consecuencias que resultarían en perjuicio nuestro, trata de ser llevada a cabo. Esto es lo que hace evidente las acciones que a nuestros ojos y a los de los demás, tratan de ser por

deber, al tener como principio supremo de la acción, la rectitud moral que suponen los actos a los que soy obligado internamente sin que me reporten algún beneficio.

Estas acciones en sentido moral, solo podrán ser fomentadas bajo ambientes que permitan su plena expresión. El desarrollo moral entendido como el cultivo de sí mismo y la expresión de acciones desde un compromiso moral, requerirá condiciones apropiadas de desenvolvimiento. Así como las propias pasiones y apetitos que contravienen la razón, se pueden ver desde una doble dimensión: son obstáculos internos del desarrollo moral, y, a su vez, por medio del ejercicio que representa el oponerles resistencia, se fortalece la voluntad moral, también existen factores externos que pueden amenazar el despliegue de las fuerzas morales del hombre, pero que a su vez, al encaminarlos hacia los fines y realización de la racionalidad moral, se convierten en factores que pueden llevar al refinamiento de la naturaleza humana y su mejor disposición para lo moral. Tal es el caso del papel de la educación.

92 **5. El fomento de las disposiciones morales a través de la educación**

Uno de los intereses centrales en el pensar kantiano, es el de definir lo que constituye una educación integral en cuyos objetivos esté promover la conciencia moral en cada educando. Con ello se evita limitar la educación a una formación meramente técnica y prudencial, que hace perder de vista el cultivo de la racionalidad moral, y el sentido de construir un mundo consecuente con la dignidad humana. El filósofo de Königsberg apuesta por una educación para la autonomía moral, para acercar al hombre a su humanidad, y lograr la emancipación de tutores.

Apunta, por eso, a dilucidar una metodología promotora del desarrollo moral. Dicha metodología se expone principalmente en obras como *Crítica de la Razón Práctica y Metafísica de las Costumbres*, pero también resultan muy enriquecedores algunos apartados de la *Religión dentro de los límites de la mera razón*, y dos obras publicadas tras su muerte, a partir de algunas clases de ética en la universidad de Königsberg, y anotaciones suyas sobre la educación como lo son *Lecciones de ética y Pedagogía*.

En ellas Kant nos dice que el niño requiere en un primer momento, de una disciplina basada en aprobar o desaprobar sus conductas con gestos y palabras. Enseñarle disciplina significa que aprenda a respetar la autoridad de los padres y maestros, y a jugar sin desorden o algarabía. Se trata de que el niño aprenda a considerar a los demás, y desarrolle un

sentido de espacio-temporalidad aprendiendo por ejemplo, a realizar sus actividades en momentos y lugares adecuados.

Una vez superada la etapa de la crianza, resulta clara la atención especial que presta nuestro filósofo, a una pedagogía orientada al despliegue de la conciencia y el sentimiento moral, así como al respeto por la ley moral. El punto de apoyo será despertar inicialmente en el educando, la admiración por la voluntad moral como principio único posible que dota de significado a la idea de moralidad en el ser humano. El problema consistirá, en promover la moralidad en el sentir práctico del educando, sin violar su desenvolvimiento autónomo. Kant lo resuelve al señalar que los niños tienen la capacidad de valorar por sí mismos, la pureza de las acciones por deber. La tarea del maestro consistirá en incentivar el juicio y la conciencia moral de los estudiantes, a través de ejemplos, diálogos, e instrucciones, tendientes, a su vez, a fomentar la confianza en sí mismos, y el pensar de manera autónoma.

La filosofía de la educación moral kantiana, parte básicamente de la idea de que la inclinación al mal y la *insociable sociabilidad* que caracterizan la condición humana, pueden ser suavizadas por una educación basada en principios, y orientada a visualizar el valor intrínseco humano, y el despliegue de sus potencialidades sin desatender su racionalidad moral. Aunque el ser humano se vea avocado a padecer el antagonismo entre su racionalidad moral y sus inclinaciones egoístas y agresivas, cuenta con la capacidad de transformar su naturaleza instintiva, y orientar sus energías hacia fines consecuentes con su humanidad. La instrucción y la disciplina contribuirán a incorporar la fortaleza interna necesaria para hacer frente a antagonismos tanto internos como externos a su desarrollo moral.

La instrucción por parte de los educadores consistirá, de manera específica, en presentarles a los niños y adolescentes, la pureza de la ley moral, de tal forma que al ser apreciada por estos, se desarrolle la conciencia de su valor en sí, e induzca su disposición de ánimo para atenderla sin que medien intereses. En la propuesta kantiana, se da por sentado que toda acción presentada como motivada por la moralidad, tiene el poder inherente de ganarse la admiración y respeto de la receptividad del ánimo de toda persona, en especial los niños. Presentar la pureza del deber moral, promovería el respeto por principios y valores morales, con lo que los procesos de enseñanza-aprendizaje, se consolidan de manera significativa, como medios eficaces en el desenvolvimiento moral humano.

La educación moral del niño y del adolescente en las instituciones, está centrada pues, en un primer momento, en aprender a distinguir en-

tre móviles puros de acción, y móviles que descansan en la astucia, mostrando que aunque estos últimos pueden traer buenos resultados, dejan mucho que desear del carácter subjetivo del actor. Los imperativos y máximas de acción, son así desenvueltos en el intelecto y la conciencia de los educandos, para que ellos mismos dictaminen ante todo, sobre el valor intrínseco de sus propias acciones. El objetivo no es solo descubrir el sentido trascendental de los deberes morales, sino disponer el ánimo para lo moral.

La didáctica ética se encargará de involucrar al estudiante en el descubrimiento mismo de su dignidad y la apreciación de la naturaleza del fenómeno moral, con exposiciones, ejemplos o diálogos que apelan a la memoria, a la razón y al discernimiento del educando. Esta preparación brinda mejores condiciones para el cultivo de la virtud, objeto del que se encarga la ascética ética. La ascética ética kantiana toca en algunos aspectos, la tradición estoica en lo que se refiere a apostar por alcanzar el dominio de sí mismo, superando la esclavitud de las pasiones. Pero Kant hará énfasis en que ellas no pueden ser vencidas con representaciones derivadas de la experiencia, sino a través del cultivo de una voluntad moral que se inspira, por así decirlo, en el valor intrínseco de la ley moral racional.

Así, el desarrollo de las disposiciones para el bien, dependerá en gran medida, de la instrucción y métodos de educación moral recibidos durante los primeros años de vida. Kant recalca la importancia de que los padres fomenten en sus hijos la confianza en sí mismos y el respeto por los demás, para así contribuir con la labor de los maestros. Por medio del perfeccionamiento de las orientaciones pedagógicas en las instituciones educativas, cabe esperar la promoción de una sociedad compuesta por ciudadanos dispuestos a atender virtudes básicas para la convivencia, y, sobre todo, por personas virtuosas desde un compromiso moral íntimo.

En este orden de ideas, es importante destacar que nuestro autor, además de ver en la educación un factor importante para el desarrollo de la conciencia y la voluntad moral, considera la esfera política, como ámbito decisivo para apuntar a construir una comunidad ética. El desenvolvimiento moral no podrá ser ajeno ni a las condiciones socio-políticas, ni a la constitución de los Estados, ni a las instituciones en las que se encuentran inmersos los individuos. A partir del *ethos* específico en que está inmersa la persona y el ciudadano, son incorporadas lo que Kant llama virtudes adaptadas, las que posteriormente, pueden convertirse en auténticas virtudes, al brotar de una voluntad propia de la racionalidad moral.

La visión de lo moral que nos descubre Kant, señala un desarrollo de la conciencia moral que ha de tomar cuerpo en acciones concretas contextualizadas, y se nutre de ellas. Esto trae como implicación directa, no solo apostar por el cultivo de la virtud moral en un constante trabajo de autoconocimiento, dominio propio y desarrollo de virtudes a partir de deberes específicos. Sino que además, esta labor requerirá, incluso, sin interés en fin moral alguno, bajo una orientación pragmática, buscar construir el mejor mundo posible, desde la consolidación de las sanas costumbres en sentido amplio. Es decir, a través del perfeccionamiento de las instituciones, y de la constitución política y jurídica de los Estados, sin los cuales, no es posible pensar el despliegue productivo de actividad humana alguna.

Kant asume el problema de cómo extender los fines de una educación centrada en el desarrollo moral, con procesos de desenvolvimiento individual y colectivos, condicionados por factores socio-políticos, muchas veces adversos a dichos fines.

Lograr el objetivo de promover el cultivo de la virtud desde la educación moral, requerirá de procesos de socialización, y por ende, de condiciones políticas apropiadas. En la esfera interna, nuestro autor apuesta por un régimen republicano, y un Estado de derecho; y en la esfera internacional, por una federación de Estados inspirada en la transparencia en las relaciones mutuas, en la solución pacífica de los conflictos, y en el respeto a la dignidad humana, y a la autonomía de los pueblos.

95

6. Política, ciudadanía y progreso moral

Es interesante notar como el ideal cosmopolita se mantiene en Kant por lo menos desde sus escritos de mediados de la década de los 80, como *Ideas para una historia universal en sentido cosmopolita*, hasta consolidarse en la presentación del proyecto de *La paz perpetua* (1795)⁸⁷, donde sugiere artículos preliminares y definitivos para alcanzar acuerdos básicos que hacen posible pensar, entre otras cosas, un estatus de ciudadanía mundial. Apostar por la instauración de una sociedad civil cosmopolita, requería proclamar Estados cuyas constituciones atendieran derechos fundamentales del hombre y permitieran una liga estable de naciones.

⁸⁷ I. Kant, *La Paz Perpetua*, Espasa-Calpe, Madrid, 1982.

Ante este esquema de desenvolvimiento de la civilización, es claro que el hombre debe ser educado no solo como miembro de una comunidad, sino además, como ciudadano del mundo. Este interés aparece en las *Lecciones de ética*, y lo plasmó hasta el final de sus días en la *Antropología*. El trasfondo de esta perspectiva obedece a las mismas exigencias del desarrollo moral: solo bajo una ciudadanía mundial, se expresa con mayor fuerza, el carácter autónomo del individuo, en tanto que habitante del mundo más que miembro de un Estado.

La necesidad de la federación de Estados la explica Kant a partir del fenómeno de la guerra. Ante el peligro que representa los conflictos armados para la estabilidad y el progreso de todas las naciones, la liga de los Estados será el medio más eficaz para mitigar las mutuas hostilidades, y a la vez, un mecanismo que indirectamente contribuye al progreso moral de la humanidad. Tal beneficio indirecto consistirá, en la instauración de un estatus de ciudadanía mundial que encarnará el respeto por el individuo con su autonomía moral, por encima de su pertenencia a cualquier grupo o nación, y por ello mismo, la consolidación de los principios de libertad, igualdad e independencia, como derechos de toda persona.

96

Los Estados sustentados en el derecho, como regulador interno de los intereses y fines de sus miembros, tendrán que dar paso al derecho internacional, con lo que superan un estado de naturaleza entre ellos. Dicha regulación internacional desde una Federación de Estados, no sólo es posible desde una inicial orientación estratégica, sino que solo será estable en atención al respeto por principios derivados de una racionalidad moral, que exige atender la buena intención de los Estados al relacionarse, así como el principio de la publicidad, para evitar abusos o para desenmascarar propósitos oscuros o antagónicos al fin de la paz.

El interés de Kant por la política y el derecho obedece a toda una teoría del desarrollo moral que orienta el sentido de casi todos sus escritos. En efecto, este desarrollo no puede consolidarse en una comunidad ética, hasta antes no haberse solucionado el problema de la instauración de una sociedad civil cada vez más perfeccionada por sus instituciones desde constituciones políticas sabias, la promoción de leyes justas, la correcta administración de lo público, y el respeto a derechos fundamentales del ciudadano.

Al descubrir que los demás no son solo medios sino fines en sí, se requiere construir un mundo consecuente con este reconocimiento de la dignidad humana. Es desde el conocimiento del hombre, de su valor, y de sus necesidades, que se puede apuntar a construir un mundo consecuente con su humanidad. Por eso no es extraño que en *La*

Metafísica de las Costumbres, se considere a la antropología, como el complemento de una metafísica de las costumbres compuesta precisamente por los principios racionales en que se fundamenta el Derecho y la Moral, es decir, las leyes morales. Los parámetros orientadores para la construcción de un mundo consecuente con las exigencias de la moral, los aportará pues, la filosofía práctica, desde los principios de la moral, como orientadores de la actividad política, jurídica y de las instituciones sociales.

Es importante por eso recalcar, el hecho de que la moralidad y la legalidad, son dos aspectos de una misma realidad: lo moral en sentido amplio. El derecho involucra la atención a principios de racionalidad moral, que por eso mismo son aceptados, y tienen el peso de la obligación, aunque sea necesario representarlos en normas y en leyes coactivas externas. Para Kant, el lenguaje del derecho tiene un contenido moral del que prácticamente no se puede desprender sin correr el riesgo de caer en la ilegitimidad o injustificación, de análoga manera como ocurre con la acción política.

Ante las tensiones de la sociable insociabilidad, resulta clara la necesidad de garantizar la convivencia entre voluntades que apuntan a distintos fines. La racionalidad estratégica del político buscará alcanzar tal garantía. Pero con todo, tendrá que ser la racionalidad moral, la que debe los principios de acción antagónicos a ella, para regular los medios y garantizar derechos, y la que mitigue, en lo jurídico, la posibilidad desviaciones del espíritu de la ley, o la arbitrariedad de la misma.

Por eso Kant habla de las *leyes morales* como principios tanto de la moralidad como de la legalidad⁸⁸. Es a partir de ellas que se tiene parámetros orientadores de la acción política, jurídica y ética, para generar tejido moral social desde la coacción externa y la coacción interna. Esto nos ayuda a comprender el sentido del desarrollo moral desde una perspectiva pragmático-histórica, pues todas las instituciones sociales van cobrando fuerza y legitimidad a medida que se perfeccionan amoldándose con exigencias morales propias de la racionalidad, requeridas para la plena realización y destino de lo humano.

Resulta por ello comprensible que el filósofo de Königsberg no vea como irreconciliables la moral con la política. La racionalidad prudencial o estratégica, se ha de encontrar ineludiblemente con las exigencias de la moral. El político moral y el legislador justo son los modelos a encarnar por los que asumen el poder, si han de ostentar un ejercicio legítimo y a la altura de sus responsabilidades.

⁸⁸ I. Kant, *La Metafísica de las Costumbres*, ed. cit., pp. 17-18.

La teoría y la práctica en relación con lo moral no se excluyen, ni en el derecho, ni en la política, ni en ninguna actividad de los hombres en cuanto personas o ciudadanos. Todo hombre, en palabras de Kant, es un ser sometido a ciertos deberes por su propia razón, es una *persona con ocupaciones y responsabilidades*⁸⁹. Los conflictos y consecuencias indeseables que en ocasiones se puedan desprender de seguir el deber moral, no son sino el resultado del desorden que el hombre mismo ha generado en un proceso de desenvolvimiento histórico que lo lleva por necesidad, a superar el egoísmo y sus inclinaciones al mal y a ser cada vez más consecuente con su conciencia moral, y el sentido de la responsabilidad.

98 La aproximación a una comunidad ética, no resulta por ello, un sueño utópico. Dicha comunidad se estructura bajo hilos invisibles con el devenir de la historia a partir de la necesidad individual, y sobre todo compartida, de regular nuestras acciones desde la racionalidad moral a partir en primer lugar, de instituciones específicas, y posteriormente, como un interés autónomo y comprometido por cultivar virtudes sin necesidad de coacción externa. La necesidad de incorporar virtudes adaptadas a las exigencias de la vida en sociedad, harían despertar en cada hombre la moralidad en el sentir práctico, al disponer hacia un interés por la corrección de los propios actos, que va repercutiendo internamente como recta intención, para obrar así, desde lo justo y lo debido.

Bajo condiciones de paz respaldadas en la constitución interna de los Estados y el Derecho Internacional, es posible pensar relaciones humanas basadas en la confianza y la seguridad, con el consiguiente desenvolvimiento de las facultades y talentos del hombre, a través del trabajo y empresas compartidas. Al promoverse un orden de cosas consonante con su dignidad, se refina su naturaleza; lo que a su vez fomenta las disposiciones al bien. Es así como la comunidad de los ciudadanos va dando lugar a la comunidad ética de personas vinculadas por compromisos morales que coaccionan internamente a partir de deberes morales hacia sí mismo y hacia los demás, fundamentales para estar a la altura de un mundo auténticamente humano.

Nuestro estudio, por eso, no puede concluir diluyendo el fenómeno moral en la esfera política, ya que revela que Kant, no veía en el Estado y en el ejercicio de la ciudadanía, el ámbito final de realización de las virtudes, sino más bien, medios que permitirán estructurar la comunidad ética, primero al interior del Estado, y luego en sentido cosmopolita,

⁸⁹ I. Kant, *Teoría y Práctica*, ed. cit., p. 24.

apuntando siempre a una constante aproximación, aunque tal vez inalcanzable, a superar la necesidad de toda coacción externa como mecanismo para resolver el problema de la convivencia. En este sentido, Kant es prudente al aclarar que la comunidad ética no es tropiezo alguno para el fortalecimiento de la comunidad política y la estabilidad de los Estados, pues señala que el hombre *sujeto a leyes de virtud*, se convierte en un excelente ciudadano, y que es precisamente gracias al cultivo de virtudes ciudadanas, que el ser humano se dispone al cultivo de virtudes desde la moralidad.

Pero con todo, nos orienta a pensar en ir más allá de la esfera política y jurídica como instrumentos reguladores de la convivencia entre los hombres, para buscar consolidar una comunidad o mejor comunidades, que superan el estado de naturaleza ético, para regirse bajo leyes de virtud, de tal forma que la coacción externa para vivir sin temor o desconfianza, sea cada vez menos necesaria.

Es bajo este fin supremo del cultivo de la virtud moral como demostración plena de lo más valioso y propio de lo humano, desde sociedades entrelazadas por sanas costumbres, que cobra sentido para Kant, el interés por la Religión.

99

7. Religión, comunidad ética y virtud

Enfatizar en el papel de la religión en relación con el desarrollo moral y con el proyecto de una aproximación constante a una comunidad ética cosmopolita, presenta al menos dos dificultades: el aparente antagonismo de los conceptos de comunidad y cosmopolitismo, y el prejuicio de concebir la fe religiosa como un obstáculo a la hora de fomentar tejido moral entre los ciudadanos.

Nuestro pensador nos da elementos para superar esta mirada, pues es lógico deducir que su ideal cosmopolita lejos de apuntar a desarticular el tejido moral comunitario, y de individualizar en sentido separatista a los miembros de la sociedad, permite construir dicho tejido, a la par que fortalece las relaciones humanas a través de la solidaridad y el trabajo con objetivos compartidos. Esto es así por que el ideal cosmopolita kantiano no pierde de vista que lo que construye auténtica comunidad no está supeditado a compartir un territorio, ni una lengua, ni una cultura, sino que depende principalmente de fines que pueden ser compartidos por cualquier persona en atención a su humanidad. Identidad universal de lo humano que se articula con las diferencias de género, cultura y raza, de las que era consciente Kant, desde la idea de que es a partir de contextos específicos y la convivencia, que se ponen a prueba las virtudes

sociales del respeto, la solidaridad y la tolerancia, entre otras, y que a su vez impulsan hacia un cada vez más amplio reconocimiento de lo vinculante en sentido moral, en medio de la diversidad.

El estatus propio del hombre, implica un fin moral vinculante como lo es el vivir y ser tratado de acuerdo a la dignidad humana. Y este estatus requerirá una mirada desde diversas perspectivas: el ser humano como miembro de una comunidad o sociedad, como ciudadano del Estado, y como habitante del mundo. Lo que cabe resaltar aquí es que Kant apuesta por un horizonte normativo que descansa en apreciar al hombre como un ser que también es miembro del mundo y de una especie. Tanto desde un *ethos* específico como desde una visión universalista, es que se espera orientar procesos conducentes a la construcción del mejor mundo posible desde la educación, el derecho y la política.

100 Las repercusiones negativas que puede traer los antagonismos internos y externos propios de la condición humana, sólo serán adecuadamente superadas o por lo menos mitigadas, en la medida en que las instituciones educativas, y las esferas jurídica y política, promuevan condiciones para consolidar cultura ciudadana y sobre todo, la construcción de una comunidad ética. Esta última descansa en la posibilidad de consolidar vínculos humanos al asumirse de manera consciente, compromisos morales, deberes y responsabilidades desde convicciones íntimas razonadas. Pensar dicha comunidad requiere introducir un factor no menos importante en la construcción de comunidad en sentido amplio, como lo es la religión.

Kant distingue entre sistemas de creencias o religiones estatutarias que surgen de la interpretación de los textos sagrados, y la única religión posible, como lo es, la religión moral. La religión en este último sentido, parte de la idea de Dios como postulado necesario al que conduce el ejercicio de la razón práctica. Al concebir los mandatos morales como preceptos divinos, y un legislador moral universal, es posible compaginar el cumplimiento del deber con la consecuencia justa de la felicidad, y pensar un incentivo no despreciable surgido de la razón práctica, para disponer el ánimo a cumplir el mandato moral en tanto que deber.

Un ser débil como el hombre puede requerir adoptar sus deberes morales como si fueran mandatos de un legislador moral universal, pues bajo esta idea cabe no solo esperar justicia al reconciliar la virtud con la felicidad, sino un incentivo adicional para la acción, no antagónico con el móvil moral, y que se traduce en fe racional. Esta perspectiva del desarrollo moral de la humanidad, se ve claramente tanto en *La Religión* (1793), como en un opúsculo escrito un año después, *El fin de todas las cosas* (1794).

Los antagonismos externos experimentados por el hombre en su vida social, no serían más que la manifestación de antagonismos internos aun sin resolver. La cura descansará por eso, en últimas, en el apostar de manera constante por la moralidad. Los sistemas de creencias, depurados, impulsarían poderosamente a todo un pueblo y a las naciones, hacia los principios morales y el surgimiento de la moralidad en el sentir. Y a través de una religión racional esencial, se podría lograr el interés del creyente por trabajar en la edificación de las disposiciones morales desde una fe práctica, es decir, que se desprende de la racionalidad moral.

El cristianismo representa en este respecto, para Kant, no solo un sentido de pureza y alto respeto por la ley moral, sino que es a la vez *amable*, es sublime pero también bello. Por eso señala que cuando se trata no solo de representar el deber, sino además de procurarlo, el amor, *como aceptación libre de la voluntad de otro entre las máximas propias*, y cabe agregar, como fuerza edificante y estimuladora de las disposiciones al bien, es un complemento necesario⁹⁰. Es claro que ante la imperfección de la naturaleza humana, no hay que esperar mucho del solo móvil de deber; en cierto momento del desenvolvimiento humano, por lo que es necesario considerar en cierta forma al sentimiento. Esta visión parece seguir encontrando eco en el Kant de *La Metafísica de las costumbres* (1797), cuando considera como condición subjetiva para el cumplimiento del deber, disposiciones entre las que está el amor al prójimo, como sentimiento práctico.

El desarrollo constante de la moralidad, como fin último, no será por lo tanto, ajeno a la manifestación del espíritu del cristianismo, ya que el propósito de éste será, en palabras de Kant, *fomentar el amor para el negocio del cumplimiento del deber*⁹¹. Esto no desde el autoritarismo, sino desde la expresión amable de lo que representa una voluntad que libremente se orienta por la rectitud. Para nuestro autor, la amabilidad moral del cristianismo es lo que garantizará su triunfo en los corazones de los hombres.

Por lo tanto, la comunidad ética kantiana cobra cuerpo desde el vínculo interno de cristianos autónomos y con una razón cultivada; comunidad que descansa en la idea de la incorporación de un reino de Dios en la Tierra y en leyes de virtud estipuladas por la razón, y predicadas en esencia, por el héroe de los evangelios.

⁹⁰ I. Kant, “El fin de todas las cosas”, en *Filosofía de la Historia*, ed. cit., pp. 140-141.

⁹¹ *Ibíd.*, p.141.

Así, una religión moral resulta ser un factor importante para promover el establecimiento de una comunidad ética a la que conduce el surgir de la moralidad y la preocupación por el cultivo de la virtud por parte de cada persona. Con ella se alcanzaría la realización plena del potencial humano, que requiere además del desarrollo de la racionalidad técnica y prudencial, el desarrollo moral. La crítica situación socio-económica, política y moral de la humanidad, se supera gradualmente por medio del avance del proceso civilizador, en el que el egoísmo y los antagonismos contribuyen -más allá o a pesar de las intenciones conscientes de los distintos actores- a la realización de los fines de la propia humanidad, al revelar la necesidad de superar tal estado, bajo el compromiso compartido de apostar por un mundo ordenado desde la racionalidad moral.

8. A manera de conclusión.

102 En la mayoría de los escritos de Kant se observa su vivo interés por el proyecto de construir sociedades cada vez más justas y de promover virtudes ciudadanas, como condiciones de posibilidad del surgimiento de la moralidad. Nuestro autor no pierde de vista las motivaciones que nos llevan a expresar ciertas virtudes en la vida social. Él es consciente de que el mejor mundo por construir no depende de hacer un dictamen sobre la moralidad a la hora de realizar acciones individuales o empresas compartidas. Pero señala que el interés por construir el mejor mundo posible desde una perspectiva pragmática o instrumental, ha de llevar a un último estadio de desarrollo del despliegue del potencial humano que dota de un sentido de admiración a la acción humana, como lo es el de la moralidad. Toda expresión de cultura desde la racionalidad técnica y prudencial, estaría subordinada en cierta forma a un logro más alto que reviste de un valor trascendental al hombre, esto es, su desarrollo moral. Kant agrega al interés moderno de definir un camino para reformar el entendimiento y un modo en qué ha de orientarse la razón, la preocupación por definir la forma en que quepa esperar la producción de una voluntad moral, es decir, establecer parámetros orientación de la voluntad, de forma que no se malogre. Todo individuo con la facultad de razonar puede constantemente decidir si actuar a partir de una voluntad autónoma, o de inclinaciones y condicionamientos sensibles; esta libertad y discernimiento hacen de él un agente moral. Pero sin la reforma o regeneración de la voluntad, sin el paso de una voluntad viciada por los deseos egoístas y pasiones, a una voluntad dispuesta a regirse por lo que es fin en sí mismo, el respeto a la ley moral y a la dignidad humana, no cabe hablar de personas con moralidad. Lograr esta regeneración requiere

atender los sentimientos morales y la forma como se desenvuelve la conciencia moral. Kant mantendrá la esperanza en un momento de la historia cuando cada vez un mayor número de personas desarrolle la ley moral en su interior y una recta voluntad, para consolidar comunidades bajo leyes de virtud. Comunidades compuestas por hombres y mujeres con capacidad para dominarse a sí mismos, y desenvolverse autónomamente, bajo el fortalecimiento de valores morales mínimos compartidos.

